

cer y envió tres cohortes hasta el pie mismo de las empalizadas. Asombrados los bárbaros de ver á los romanos á su espalda, corrieron también á las armas. Entretanto dijo el cónsul á los suyos: «Soldados, no podéis confiar más que en vuestro valor, y yo mismo he cuidado de colocaros en esta situación. Los enemigos se encuentran entre nosotros y nuestro campamento; á nuestra espalda se extiende el territorio enemigo. Solamente nos queda un partido muy noble y al mismo tiempo muy seguro, el de no esperar nada más que de nuestro valor.» En seguida mandó retirar las tres cohortes, para que aquella fuga simulada atrajese á los bárbaros fuera de su campamento. Realizáronse sus previsiones: persuadidos los españoles de que los romanos tenían miedo y retrocedían, salieron en tropel y llenaron todo el espacio que mediaba entre los parapetos y el ejército del cónsul. Pero mientras procuraban formar sus filas, el cónsul aprovechó la confusión y los atacó al frente de sus tropas, que estaban formadas ya en buen orden. El ataque lo comenzó la caballería de las dos alas, pero la derecha quedó rechazada en el acto, retrocediendo en desorden y produciendo confusión en las filas de la infantería. Observólo el cónsul, y, por orden suya, dos cohortes escogidas rodearon al enemigo por su derecha y restablecieron el destruído equilibrio por la derrota de la caballería. Sin embargo, tal había sido el miedo de los jinetes y peones de la derecha, que el cónsul tuvo que detener á algunos por el brazo y obligarles á volver al combate. Así, pues, la lucha fué y quedó dudosa mientras que no se usaron más que las armas arrojadas; si en el ala derecha, donde comenzó el desorden y la fuga, oponían los romanos débil resistencia, estrechaban fuertemente á los bárbaros en la izquierda y el centro y veían con temor las cohortes que les amenazaban por la espalda; pero cuando agota-

ron los venablos, tanto soliferros (1) como faláricos, y pusieron mano á la espada, pareció que comenzaba de nuevo el combate. Ya no eran golpes imprevistos, partidos de lejos, que herían al azar, sino que combatían cuerpo á cuerpo, formando toda la esperanza de cada cual su valor y su fuerza.

Cansados ya los romanos, el cónsul mandó avanzar á la primera fila, para sostener las cohortes, fuerzas de la reserva y formó así una línea nueva. Estas tropas frescas descargaron granizada de venablos sobre el extenuado enemigo, quebrantándole primero con impetuoso ataque, para el que se formaron en cuña; en seguida arrollaron sus filas y le pusieron en fuga, desbandándose y volviendo á la carrera á su campamento. Viéndoles Catón en plena derrota, corrió á toda brida á la segunda legión, que había dejado de reserva, y le mandó marchar con las enseñas levantadas y ordenadamente contra el campamento de los bárbaros para forzarlo. Si veía que algunos romanos, impulsados por el ardor, se adelantaban á las filas, les cerraba el paso con su caballo, les golpeaba con el *sparo* (2) y recomendaba á los tribunos y centuriones que contuviesen á sus soldados. Ya había comenzado el ataque del campamento enemigo y los españoles se servían de piedras, palos y toda clase de armas para rechazarlo, cuando la llegada de la nueva legión avivó el ataque de los romanos y la energía que desplegaba el enemigo para defender sus parapetos. El cónsul examinó el terreno para descubrir el sitio más débil y penetrar por él en el campamento: vió que la puerta del lado izquierdo la defendía débil destacamento, y dirigió hacia aquel punto los príncipes y los hastatos de la segunda legión. La

(1) Especie de venablo todo de hierro.

(2) El *sparum* ó *sparus*, era un venablo corto ó sencillamente un bastón herrado.

guardia enemiga no pudo resistir el choque, y cuando los bárbaros vieron á los romanos en los parapetos y dueños del campamento, arrojaron las enseñas y las armas y corrieron á las puertas; pero su multitud obstruyó en el acto aquellas estrechas salidas y quedaron exterminados por los soldados de la segunda legión, que les atacaban por la espalda, mientras que el resto de los romanos saqueaba el campamento. Valerio Ancias hace subir á más de cuarenta mil hombres la pérdida de los españoles en aquella batalla. Catón, que seguramente no pensaba en rebajar su gloria, habla también de considerable pérdida, pero sin fijar el número.

En aquella batalla ejecutó tres movimientos que le honran mucho: primeramente el de alejar á los soldados, por medio de un rodeo, de la flota y del campamento, y hacerles ocupar para el combate, en medio de las líneas enemigas, una posición en la que no podían esperar más que en su valor; en seguida el de enviar las cohortes á atacar á los españoles por la espalda, y en tercer lugar hacer avanzar la segunda legión en buen orden y sin dejar las filas, hasta la puerta del campamento, mientras que el resto de las fuerzas en desorden corría en persecución de los vencidos. Ni después de la victoria quedó en la inacción. En cuanto mandó tocar retirada y llevó al campamento los soldados cargados de despojos, solamente les concedió algunas horas de la noche para descansar y en seguida les llevó á talar los campos. Tan completa era la derrota de los enemigos, que los romanos pudieron extenderse por todas partes. Los estragos, juntos con el desastre de la víspera, decidieron á los españoles de Emporias y á sus vecinos á someterse. Muchos habitantes de las ciudades inmediatas que se habían refugiado en Emporias siguieron su ejemplo. Catón les habló á todos con bondad, hizo darles vino y alimento y los despidió á sus

casas. Inmediatamente después se puso en marcha, y por todo el camino encontró legados que acudían á ofrecerle la sumisión de sus ciudades. Cuando llegó á Tarragona estaba ya reconquistada toda la España aquende el Ebro, y los prisioneros romanos, aliados y latinos, que en diferentes circunstancias habían caído en poder de los bárbaros, presentábanlos sus amos regalándolos al cónsul. Corrió en seguida el rumor de que iba á dirigirse contra los turdetanos, y también se propagó la noticia de su marcha para montañas inaccesibles. Ante este vano rumor, que carecía de fundamento, se sublevaron siete plazas fuertes del país de los bergistanos. El cónsul llevó su ejército contra ellos y no necesitó combatir para reducirlos á la obediencia. Poco después de su regreso á Tarragona se sublevaron de nuevo, sin esperar á que hubiese partido para otra expedición, y fueron reducidos otra vez, pero no encontraron igual indulgencia en los vencedores, sino que les vendieron á todos en subasta para evitar que pidiesen la paz con demasiada frecuencia.

Entretanto el pretor P. Manlio, que acababa de reunirse con el ejército de su antecesor Q. Minucio, los veteranos que antes mandó Ap. Claudio Nerón en la España ulterior, partió á su frente para la Turdetania. Tiénese á los turdetanos por el pueblo menos belicoso de España. Sin embargo, alentados por el número, avanzaron al encuentro de los romanos. Un ataque de la caballería bastó para desordenarlos, pudiendo decirse que la infantería no tuvo que sostener combate. Los veteranos que la formaban consiguieron en seguida la victoria, gracias á su antigua experiencia y al conocimiento que tenían del enemigo. Pero aquel combate no terminó la guerra. Los turdetanos tomaron á sueldo diez mil celtíberos, y opusieron á los romanos aquellas tropas mercenarias. Entretanto, impresionado el

cónsul por la revuelta de los bergistanos y convencido de que los demás pueblos seguirían su ejemplo á la primera ocasión, desarmó á todos los españoles de aquende el Ebro, pareciéndoles tan humillante esta medida que muchos se dieron la muerte. Para el altivo español nada era la vida desde el momento en que no tenía armas. Al recibir esta noticia, el cónsul llamó á los senadores de todas las ciudades y les dijo: «Interés vuestro es más que mío que permanezcáis sometidos; hasta ahora, vuestras sublevaciones han hecho más daño á España que trabajo ha costado á los romanos su represión. Creo que no hay más que un medio de evitarlas, el de reducirlos á la impotencia. Quiero conseguir este fin por medios suaves. Ayudadme, pues, con vuestros consejos en este asunto. Dispuesto estoy á seguir con preferencia el consejo que me deis.» Como todos guardaban silencio, el cónsul añadió que les concedía algunos días para deliberar. Llamados por segunda vez, se encerraron en igual silencio. Entonces Catón hizo desmantelar en el mismo día todas las ciudades, marchó contra los que todavía no estaban sometidos, y recibió, á medida que se presentaba en una comarca, la sumisión de todos los pueblos que la habitaban. Solamente resistió Legística, ciudad rica y poderosa, teniendo que emplear las máquinas para apoderarse de ella.

Mucha más dificultad experimentaba el cónsul para someter la España, que los primeros generales enviados á este país. Aquellos vieron á los españoles cansados de la dominación cartaginesa entregarse á ellos; Catón les encontraba en posesión de su libertad, y, por decirlo así, tenía que reducirles á la esclavitud (*in servitutem velut asserendi erant*) (1). Además, los ánimos estaban

(1) *Asserere in servitutem aliquem*, significa en el lenguaje de los jurisconsultos romanos, intentar una acción contra alguno que pretende ser libre y al que se reclama como esclavo. Tito

muy excitados á su llegada: unos se encontraban en armas; otros, fieles aún, se encontraban sitiados en las ciudades é iban á verse obligados á hacer traición, si no se les socorría á tiempo, porque no podían resistir más. Pero el cónsul desplegó mucho vigor y prudencia, queriendo verlo y hacerlo todo por sí mismo, tanto lo más importante como los detalles más minuciosos; no se contentó con meditar los planes y dar las órdenes necesarias, sino que casi siempre se encargó de la ejecución. Nadie en su ejército fué tratado con más rigor y severidad que él mismo; entre él y el último soldado se había trabado lucha de frugalidad, de vigias y fatigas, no existiendo otra distinción que el título y el mando.

La guerra de Turdetania era más difícil para el pretor P. Manlio desde que los habitantes del país habían llamado, como hemos dicho, mercenarios celtibéricos. Por petición del pretor, el cónsul llevó su ejército hacia aquel lado; y en cuanto llegó, marchó sobre el campamento de los turdetanos, que estaba separado del de los celtiberos, y trabó algunas escaramuzas, atacando á sus avanzadas. A pesar de la temeridad de sus ataques, los romanos quedaban siempre vencedores. Entonces envió el cónsul algunos tribunos militares á hablar con los celtiberos y someterles tres proposiciones: la primera que pasasen á las filas de los romanos, mediante doble sueldo del que recibían de los turdetanos; la segunda que volviesen á sus hogares, con la seguridad, garantida por solemne juramento, de que no se les acriminaria el haberse unido con los enemigos de los romanos; la tercera que fijasen, si preferían la guerra, sitio para la batalla. Los celtiberos pidieron un día para deliberar: celebraron consejo admitiendo en él á los

Livio no emplea la frase en su sentido ordinario para aplicarla á otro orden de ideas.

turdetanos, pero la extraordinaria confusión que reinó en la asamblea impidió que tomasen ninguna determinación. Ignorábase, pues, si se estaba en paz ó en guerra con los celtíberos, y aprovechando esta incertidumbre, los romanos sacaban provisiones de los campos y plazas fuertes del enemigo, como si se encontrasen en plena paz; llegando hasta penetrar en medio de sus trincheras, como si tregua particular autorizase los cambios recíprocos. Viendo el cónsul que no podía atraer los turdetanos al combate, salió primeramente con algunas cohortes ligeras para marchar en buen orden á talar los campos que habían escapado al pillaje, y sabiendo después que los celtíberos habían dejado en Seguncia todos sus bagajes, se dirigió á aquella plaza para sitiarla. Pero como el enemigo tampoco hacía ningún movimiento, pagó el sueldo á sus tropas y á las del pretor, dejó todo el ejército en el campamento de Manlio, y volvió á las orillas del Ebro con siete cohortes solamente.

Con aquellas débiles fuerzas tomó algunas plazas fuertes y recibió la sumisión de los sedetanos, ausetanos y suesetanos. Los lacetanos, que vivían en bosques y parajes inaccesibles, continuaban en armas; era un pueblo naturalmente salvaje y que además tenía que temer por las devastaciones que había realizado en terreno de los aliados de Roma, mientras el cónsul y su ejército estaban ocupados en combatir á los turdulos. Catón marchó á sitiar su ciudad, al frente de las cohortes y de la juventud de los aliados, justamente irritados por aquel bandolerismo. Aquella ciudad era más larga que ancha, detúvose á unos cuatrocientos pasos de las murallas, estableció en aquel punto un cuerpo de tropas escogidas, con orden de no abandonar su puesto hasta que volviese á reunirse con ellas, y con el resto de sus fuerzas rodeó la plaza para colocarse en el otro ex-

tremo. Los suesetanos formaban la mayor parte de sus auxiliares, y á éstos mandó que comenzasen el ataque. En cuanto los lacetanos reconocieron las armas y enseñas de aquel pueblo, cuyo territorio habían talado tantas veces impunemente, batido y derrotado sus ejércitos, animados con este recuerdo, abrieron bruscamente la puerta y cayeron en tropel sobre ellos. Los suesetanos no pudieron resistir su grito de guerra y menos aún su impetuoso choque. El cónsul, que había previsto este resultado, en cuanto le observó, corrió á toda brida hacia sus cohortes apostadas á corta distancia de las murallas, las llevó con él, y mientras todos los habitantes se precipitaban tras los pasos de los fugitivos, dejando la ciudad desierta y silenciosa, las introdujo en ella, estando apoderado por completo de la ciudad antes de que regresasen los lacetanos. Entonces, como no les quedaban más que las armas, tuvieron que someterse.

Desde allí marcharon los vencedores contra el fuerte Vergio, que era una guarida de bandidos que recorrían los campos inmediatos perturbando la tranquilidad de la comarca. El jefe bergistiano se refugió al lado del cónsul, y trató de justificar su conducta y la de sus compatriotas diciendo: «que ya no tenían ellos la autoridad, habiéndose apoderado por completo de la plaza los bandidos que recibieron en su seno.» Catón les mandó volver á la plaza, inventar cualquier pretexto para explicar su ausencia, y, «cuando vieses á los romanos al pie de las murallas y á los bandidos ocupados en defenderlas, que marchase á la fortaleza con sus partidarios y se apoderase de ella.» Estas instrucciones las cumplieron exactamente. Colocados de pronto los bárbaros entre los romanos que escalaban las murallas y las gentes que se habían apoderado de la fortaleza, quedaron dominados por doble espanto. Una vez dueño de

la plaza, el cónsul concedió libertad y goce de sus bienes á los que habían ocupado la fortaleza, así como también á sus parientes; mandó que vendiese el cuestor al resto de los bergistanos y castigó con la muerte á los bandidos. Después de pacificar la provincia, estableció considerable impuesto sobre la explotación de las minas de hierro y de plata, que vino á ser para la provincia abundante fuente de riqueza. Con ocasión de estos triunfos conseguidos en España, el Senado decretó tres días de acciones de gracias.

En el mismo verano, el otro cónsul, L. Valerio Flaco, combatió con un cuerpo de boyos en la Galia, cerca del bosque latino, y consiguió señalada victoria. Dícese que quedaron en el terreno ocho mil galos, y el resto, renunciando á la guerra, se dispersó por los caseríos y los campos. Al terminar la estación, el cónsul acampó sus tropas en las orillas del Pó, en Placencia y Cremona y reconstituyó en estas dos ciudades los edificios destruidos por la guerra. Esta era la situación de las cosas en Italia y España. T. Quincio había pasado el invierno en Grecia. Allí, exceptuando los etolios, cuya ambición quedaba mal recompensada después de la victoria, y que no podían entregarse á largo descanso, todos los pueblos, únicamente ocupados en gozar del doble beneficio de la paz y de la libertad, se mostraban muy contentos con su suerte, y después de haber admirado en los combates el valor del general romano, elogiaban su desprendimiento, su justicia y moderación en la victoria. Por este tiempo llegó el senatus-consulta por el que los romanos declaraban la guerra á Nabis, tirano de Lacedemonia. Después de enterarse Quincio, citó á Corinto para celebrar asamblea general, á las legaciones de todas las ciudades aliadas. A esta reunión acudieron los principales ciudadanos de todos los estados, sin exceptuar los etolios. Quincio habló de esta manera:

«La guerra que los romanos y los griegos hicieron á Filipo no fué tanto resultado de un plan convenido de común acuerdo, como asunto decidido por motivos personales á los dos pueblos. Los romanos le censuraban que hubiese faltado á sus compromisos con ellos, bien secundando á sus enemigos los cartagineses, bien atacando aquí á sus aliados. Tan indignamente os trató, que aun prescindiendo de nuestras quejas, hubiésemos visto en los ultrajes de que os colmó razón legítima para empuñar las armas. Hoy depende completamente de vosotros la decisión que hemos de tomar. Vosotros habéis de decidir si queréis dejar bajo el dominio de Nabis la ciudad de Argos, de que, como sabéis, es dueño, ó bien si opináis que aquella noble y antigua ciudad, colocada en medio de la Grecia, recobre su libertad y obtenga las mismas ventajas que las demás ciudades del Peloponeso y de la Grecia. Como veis, la decisión os pertenece por completo; los romanos solamente se interesan en cuanto la esclavitud de una sola ciudad no les permita conservar pura y sin mancha la gloria de haber libertado á la Grecia. Por lo demás, si sois indiferentes á la suerte de Argos, á sus peligros, á la lección que constituyen para vosotros; si no teméis ver propagarse más lejos el contagio y la servidumbre, nada tenemos que decir; acerca de este punto os consulto decidido á conformarme con la opinión de la mayoría.»

Después de esta oración del general romano, se empezó á explorar la opinión de los demás. El enviado ateniense mostró cuanto pudo su agradecimiento, elogiando grandemente los servicios que los romanos habían prestado á Grecia. «Habían implorado sus socorros contra Filipo, dijo, y habían acudido: ahora venían, sin que se los rogasen, á ofrecer espontáneamente su protección contra el tirano Nabis. Y sin embargo, añadió indignado, favores tan manifiestos son objetos de ma-

lévolas insinuaciones. Supónese á los romanos intenciones culpables para lo futuro, cuando solamente se debería sentir agradecimiento por lo pasado.» Esto era evidentemente un ataque dirigido contra los etolios: así, pues, Alejandro, jefe de la legación etolia, empezó increpando con violencia á los atenienses, que, después de haber marchado en otro tiempo á la cabeza de la Grecia, para asegurar su independencia, hacía traición ahora á la causa común por motivos de interés particular. Quejóse en seguida de que los aqueos, que en otro tiempo habían combatido en favor de Filipo, y le habían abandonado después de sus reveses, hubieran recobrado Corinto y trabajasen todavía para que les diesen Argos; mientras que los etolios, que fueron los primeros enemigos de Filipo y los aliados más constantes de los romanos, se veían despojados de Equina y Farsalia, á pesar de la cláusula del tratado que les prometía, después de la victoria, la posesión de las tierras y ciudades conquistadas á aquel rey. Acusó de perfidia á los romanos, diciendo «que solamente habían mostrado á los griegos vana apariencia de libertad. Habían puesto guarnición en Calcis y Demetriades, y sin embargo, cuando Filipo tardaba en evacuar aquellas ciudades, no cesaban de repetir que, mientras ocupase á Demetriades, Calcis y Corinto, Grecia no podía ser libre. En fin, permanecían en Grecia y conservaban en ella su ejército, tomando por pretexto los asuntos de Argos y la tiranía de Nabis. Que llevasen su ejército á Italia, y los etolios se encargarían de conseguir que Nabis retirase voluntariamente y sin condiciones la guarnición que mantenía en Argos, ó le obligarían por la fuerza de las armas á someterse á las unánimes decisiones de la Grecia.»

Esta arrogancia excitó especialmente á Arístenes, pretor de los aqueos. «Que los dioses protectores de Argos, exclamó, Júpiter Optimo Máximo y Juno reina

del Olimpo, no permitan que aquella ciudad, colocada como presa entre el tirano de Lacedemonia y los bandidos de la Etolia, llegue á ser más desgraciada al pasar á nuestro poder que permaneciendo en el de Nabis. El mar que nos separa de esos piratas, no nos pone al abrigo de sus ataques, T. Quincio. ¿Qué sería de nosotros si adquiriesen una plaza fuerte en medio del Peloponeso? No tienen de griego más que el lenguaje, como de hombres no tienen más que la figura. Sus usos y costumbres son más salvajes que los de los demás bárbaros, ¿qué digo? que los de las fieras. Nosotros os rogamos, ¡oh romanos! que arrebatéis Argos á Nabis y que arregléis los asuntos de la Grecia de modo que nada tenga que temer del bandidaje de los etolios.» Viendo el romano que toda la asamblea increpaba á los etolios, dijo que les habría contestado de no ver que la indignación general era tan fuerte contra ellos, que parecía más necesario calmarla que irritarla. Dábase por contento, añadió, con los sentimientos que habían mostrado en cuanto á los romanos y á los etolios, y se limitaba á preguntar qué conducta se observaría con Nabis, si se negaba á devolver Argos á los aqueos.» Habiendo votado unánimemente la asamblea por la guerra, invitó á cada ciudad á que suministrase un contingente de tropas auxiliares. Hasta á los etolios envió un legado, más con el objeto de que declarasen sus intenciones, como sucedió, que con la esperanza de que prestasen auxilios.

Quincio mandó á los tribunos militares que marchasen en busca del ejército que estaba en Elacia. Al mismo tiempo recibió una legación de Antioco que venía á tratar de la paz, á la que contestó que, ausentes los diez comisarios, nada podía tratar; que era necesario marchar á Roma y dirigirse al Senado. Habiendo llegado de Elacia las tropas, púsose á su frente y marchó sobre

Argos. Cerca de Cleonas encontró al pretor Aristenes con diez mil aqueos y mil caballos; reunieron sus fuerzas y acamparon cerca de allí. A la mañana siguiente bajaron á la llanura de Argos y se situaron á unas cuatro millas de la ciudad. Mandaba la guarnición lacedemonia un tal Pitágoras, yerno y cuñado del tirano; á la llegada de los romanos, envió refuerzos á las dos fortalezas de Argos, y fortificó todos los puntos ventajosos ó débiles. Pero estas precauciones sólo sirvieron para revelar el miedo que le infundía la aproximación del enemigo. A estos temores del exterior se unió muy pronto el peligro de una sedición en el interior. Un joven argivo, llamado Damocles, que tenía más valor que prudencia, formó con algunos otros valientes, bajo la fe del juramento, una trama para expulsar la guarnición; pero al tratar de buscar cómplices, eligió con demasiada ligereza aquellos á quienes había de comunicar el secreto. Estando hablando con sus amigos llegó un satélite del prefecto llamándole de parte de su amo: comprendió que le habían hecho traición y exhortó á los conjurados que se encontraban allí á tomar las armas con él, antes que morir en los tormentos, y seguido de corto número de hombres, dirigióse al foro invitando en voz alta á cuantos quisieran libertar su patria y marchar con él á que le siguieran para conquistar su libertad. Pero no arrastró á nadie, porque no podía triunfar no disponiendo de bastantes fuerzas. Mientras gritaba de aquella manera, le envolvieron los lacedemonios, así como á los que le acompañaban, y les mataron. En seguida prendieron á algunos otros conjurados, condenando á muerte á la mayor parte y arrojando á las prisiones los demás. Considerable número, á la noche siguiente, se descolgaron con cuerdas por la muralla y se refugiaron al lado de los romanos.

Aseguraron éstos que si el ejército romano se hubiese

encontrado á las puertas, no habría fracasado el movimiento, y que si Quincio quería acercar el campamento á la ciudad, los argivos no permanecerían quietos. Bajo la fe de aquellos tráfugas, el general romano envió un cuerpo de infantería y caballería ligera, que avanzó hasta el gimnasio de Cylarabis, á menos de trescientos pasos de Argos. Los lacedemonios hicieron una salida, combatieron, y después de débil resistencia, fueron rechazados á la plaza. Quincio acampó entonces en el sitio mismo donde se verificó el combate. Allí pasó un día, preparado por si estallaba algún movimiento nuevo, pero el temor sujetaba los ánimos. Comprendiéndolo así, celebró un consejo en que se trató la cuestión del sitio. Todos los jefes de los pueblos de la Grecia, exceptuando Aristenes, opinaron comenzar por la reducción de Argos, puesto que este era el objeto de la guerra. Quincio, que no participaba de esta opinión, escuchó con marcado beneplácito el discurso de Aristenes contra la opinión general, y añadió: «Puesto que por los argivos hemos emprendido la guerra contra Nabis, ¿será conveniente prescindir del tirano para sitiar á Argos? En Lacedemonia, en el mismo centro de su poder, iría yo á atacar al tirano.» Al terminar el consejo, envió las tropas ligeras á forrajear. Todo el trigo sazonado que había en derredor fué segado y arrebatado; ni siquiera dejó al enemigo el recurso del trigo verde, que quedó destrozado y pisoteado. En seguida decampó Quincio, atravesó el monte Parthenio, pasó cerca de Tegea y al tercer día se detuvo en Caryas. Allí, antes de entrar en territorio enemigo, esperó el socorro de los aliados. Filipo envió mil quinientos macedonios y cuatrocientos jinetes tesalios. Pronto quedaron reunidas en considerable número las tropas auxiliares, y el general romano solamente esperó las provisiones que había pedido á las ciudades inmediatas. También se le habían

reunido imponentes fuerzas marítimas. L. Quincio había llevado de Leucada cuarenta naves; los rodios habían suministrado diez y ocho cubiertas, y el rey Eumeno se encontraba cerca de las Cycladas con diez naves cubiertas, treinta barcas y otras más pequeñas. Acudían también al campamento de los romanos, con la esperanza de recobrar su patria, desterrados lacedemonios, víctimas del despotismo de diferentes tiranos. El número de estos desterrados era considerable, porque desde tantas generaciones como había tiranos en Lacedemonia, cada tiranía se había señalado por proscripciones. Al frente de estos desterrados estaba Agesípólís, heredero legítimo del trono de Esparta, desterrado desde su infancia por el tirano Licurgo, que fué el primero que usurpó la soberanía en Lacedemonia, después de la muerte de Cleomenes.

Amenazado el tirano por una guerra tan temible por mar y tierra, y encontrándose casi sin esperanza, si comparaba imparcialmente sus fuerzas con las de los romanos, no dejó, sin embargo, de pensar en defenderse. Hizo venir de Creta mil jóvenes escogidos, para reunirlos con los mil que tenía ya; armó tres mil mercenarios y diez mil compatriotas suyos, con los esclavos empleados en el cultivo de los campos; rodeó la ciudad con foso y empalizada, y para prevenir todo movimiento interior, intimidó á sus súbditos con medidas violentas y penas atroces; porque no podía lisonjearse de que se harían votos por su vida. Algunos habitantes le eran sospechosos; reunió todas sus fuerzas en la llanura llamada Dromos, hizo acudir á los lacedemonios desarmados á una asamblea general y mandó á sus satélites que les rodeasen. Después de corto exordio, les explicó cómo sus temores y precauciones eran excusables en las críticas circunstancias en que se encontraba, añadiendo que los mismos á quie-

nes podía hacer sospechosos la situación presente, debían estar interesados en que se les impidiese tramar alguna conspiración, antes de que se les castigase cogiéndoles en ella. Iba, pues, á reducir á prisión algunos de ellos, hasta que pasase la tempestad que amenazaba. Cuando el enemigo fuese rechazado y éste sería mucho menos temible, cuando fuese imposible toda traición en el interior, entonces pondría en libertad á los prisioneros.» En seguida mandó leer una lista de cerca de ochenta nombres, los de los jóvenes de las familias principales, y á medida que contestaban, mandaba llevarles á la prisión; á la siguiente noche los degollaron á todos. Llegó después la vez á algunos ilotas (1) (éstos son desde mucho tiempo esclavos empleados en los campos); acusáronles de haber querido pasar al enemigo, paseáronles por todos los barrios de la ciudad, azotáronles con varas y les mataron á golpes. Estas terribles ejecuciones aterraron al pueblo y alejaron de los ánimos toda idea de sublevación. Nabis conservaba entretanto encerradas sus tropas en las fortificaciones, sabiendo que no podría hacer frente á los romanos, si quería trabar batalla regular, y no se atrevía, ante las sospechosas é inciertas disposiciones de los ánimos, á salir de Lacedemonia.

Teniendo Quincio terminados todos sus preparativos, dejó sus cuarteles y llegó en dos días á Selasia, cerca del río Cenunta, sitio donde, según se dice, Antígono, rey de Macedonia, libró batalla á Cleomenes, tirano de Lacedemonia. Al salir de la ciudad había que subir por camino estrecho y difícil; enterado de ello Quincio, mandó que le precediese un cuerpo de trabajadores, que rodeó las montañas, allanó los obstáculos y abrió

(1) Sabido es que los ilotas ó helotas eran los esclavos públicos de los lacedemonios, y la mayor parte estaban empleados en el campo.



camino más ancho y cómodo. De este manera llegó á las orillas del Eurotas, que corre casi al pie de las murallas de Esparta. Ocupábanse los romanos en trazar el recinto de su campamento y Quinceio marchaba delante al frente de la caballería y de las tropas ligeras, cuando les atacaron los auxiliares del tirano. El terror y el desorden se propagaron por las filas, porque estaban muy lejos de esperar aquella agresión, no habiendo encontrado á nadie durante la marcha y pareciendo tranquila la comarca que habían atravesado. Durante algún tiempo, infantes y jinetes desconfiaron de sus propias fuerzas y se llamaron unos á otros con profunda agitación. Al fin llegaron las legiones, y en cuanto las primeras cohortes tomaron parte en el combate, asustados á su vez los que atacaban, fueron rechazados en tropel hasta la ciudad. Detuviéronse los romanos fuera del alcance de los venablos, formáronse en batalla y permanecieron algún tiempo en aquella situación, hasta que viendo que el enemigo no salía á pelear, se retiraron al campamento. Al siguiente día marchó Quinceio por las orillas del río, pasó á lo largo de las murallas y se dirigió en buen orden hacia el monte Menelao. Las cohortes legionarias iban á la cabeza, cerrando la marcha las tropas ligeras y la caballería. Encerrado Nabis en la ciudad y no confiando más que en sus mercenarios, los tenía armados y equipados, dispuestos á atacar á los romanos por la espalda. En cuanto pasó la retaguardia, los lacedemonios salieron por varios lados á la vez y con el mismo estrépito que el día anterior. Ap. Claudio, que mandaba la retaguardia, temiendo una sorpresa, tenía preparados á los soldados; mandóles volver caras bruscamente y en seguida se encontraron todos los romanos frente al enemigo. Entonces se trabó, como entre dos ejércitos regulares, batalla campal; pero después de

corta resistencia, quedaron arrolladas las fuerzas de Nabis. Su fuga hubiese sido menos desastrosa y menos desordenada si no los hubieran perseguido los argivos, que conocían el terreno. Estos hicieron considerable matanza en los vencidos y desarmaron á la mayor parte de los que escaparon dispersándose por todos lados. Quinceio estableció su campamento cerca de Amydas, devastó las inmediaciones de la ciudad, situada en hermosa y poblada llanura, y viendo que ningún habitante se atrevía á salir de las murallas, trasladó el campamento á las orillas del Eurotas, y desde allí taló el valle que se extiende al pie del Taygeto y las campiñas que se extienden hasta el mar.

Por el mismo tiempo se apoderó L. Quinceio de las ciudades de la costa, que se sometieron voluntariamente ó que cedieron al terror y á la fuerza de las armas. Enterado después de que Gythio era el arsenal marítimo de los lacedemonios y de que el campamento de su hermano estaba cerca de la playa, decidió atacar aquella plaza al frente de todas sus fuerzas. Era entonces Gythio una ciudad muy fuerte, poblada por multitud de indígenas y forasteros y estaba abundantemente provista de máquinas de guerra. Por fortuna para Quinceio, cuya empresa no era fácil, se le reunieron el rey Eumeno y la flota de los rodios. Considerable número de marinos, reunidos en las tres flotas, terminaron en pocos días todos los trabajos necesarios para el asedio de una ciudad fortificada por el lado de mar y de tierra. Adelantaban los trabajos de zapa al abrigo de la tortuga y batíanse las murallas con el ariete; bajo cuyos repetidos golpes derrumbóse muy pronto una torre, arrastrando en su caída la parte de muralla inmediata. Los romanos atacaron entonces al enemigo por el puerto, donde era más fácil el acceso, con objeto de dividir sus fuerzas y desguarnecer la brecha, por la que al mis-